



Mirada triste en Florencia

Dr. Orlando Pascua

Juez de 1^{era} Instancia de Distrito en lo Penal Correccional del Distrito Judicial N°1 (SF)

Este relato está titulado como Mirada triste en Florencia, lugar donde había ocurrido el hecho, pero podría ser titulado «Lo que no pudimos resolver» porque en realidad quienes procuramos hacer justicia muchas veces nos sentimos impotentes ante la realidad, como en este caso.

Algunos dicen que Florencia, la de Italia, es la ciudad más linda del mundo. Así se llama también un pueblo de la provincia de Santa Fe que fue escenario de una tristeza, miseria y desolación que jamás había conocido.

Nunca olvidé los ojos tristes de esos niños. Miraban temerosos todo lo que los rodeaba. Asomaban con sus harapos detrás de su madre como si estuvieran escondidos de la realidad. La mujer también vestía humildemente y aparentaba más que sus 30 años de vida. La vivienda, más que un rancho, era una tapera, desprovista de todo lo que pudiera considerarse habitable por un ser humano. Paredes de barro lavadas por las lluvias, los vientos y el tiempo. Tenía una única puerta desvencijada y arruinada, sin llave ni traba alguna. En su interior podían verse dos camas, una de dos plazas y otra más pequeña, cubiertas con viejas prendas que reemplazaban a los colchones. Había también una mesa y una silla de madera que apenas podían mantenerse en pie. Completaban el mobiliario una lámpara a kerosene, algunos platos y cubiertos, un mate y una pava que los leños ha-

bían ennegrecido. No había electricidad ni agua potable y reinaba la suciedad y el abandono. En ese lugar lejano y desconocido viví mi contacto con la miseria, llevada al límite por tantas carencias.

Donde la provincia de Santa Fe se va terminando hacia el norte está enclavada Florencia. Allí llegamos para investigar un supuesto caso de abuso de padre a hija. Y como el acusado había sido detenido y la madre y sus siete pequeños no se habían presentado en la Comisaría, salimos hacia el oeste la comisión judicial y la policial trasladando al imputado. Habremos transitado unos 20 kms. hacia el oeste por un camino polvoriento cuando nos encontramos con la mujer y sus niños al costado del camino, intentando vanamente que alguien los llevara al pueblo. Tal era la pobreza que ni siquiera habían podido llegar al pueblo para ser escuchados. Decidimos entonces celebrar las audiencias en el domicilio de ellos. Cruzamos un alambrado y nos internamos en el monte. El sol brillaba y nos alivió un poco el frío del cuerpo.

Llegados al pobre rancho, nos reunimos todos en el único lugar posible: un patio de tierra donde habíamos puesto la mesa y la única silla que fueron ocupadas por quien oficiaba como escribiente. Los demás permanecemos de pie.

A medida que avanzaba la investigación, los niños imploraban con sus ojos que todo terminara lo antes posible mientras devolvían tímidamente

alguna mirada a su padre. Supimos del calvario que vivían a diario, el hambre, los problemas de salud, la falta de oportunidades para que los menores concurrieran a la escuela y lo peor: los abusos del padre hacia su hija mayor que por entonces contaba 13 años y que exhibía un abdomen que inequívocamente anunciaba su próxima maternidad. También tomamos conocimiento de lo que, durante un tiempo, había sucedido casi a diario. Regresado el hombre del monte donde había trabajado con el hacha, ingería abundantemente ese vino caliente de damajuana que le quemaba el alma, y al llegar la noche, amenazaba a toda su familia con un machete que había utilizado durante el día... Y madre e hijos debían huir de la vivienda. Eso sí: el padre se reservaba lo que entendía como su derecho a abusar de su hija mayor. Los demás, en tanto, buscaban refugio en el monte en el que deambulaban durante horas hasta que, cuando estimaban que el alcohol y el cansancio habían provocado el sueño profundo del hachero, regresaban en silencio, y sigilosamente se acomodaban para dormir alrededor de la madre quien, además de cuidar de sus polluelos, debía procurar aliviar el dolor de su hija mayor. Y estos tormentos se sucedieron durante mucho tiempo y nadie hubiera sabido de ellos si la niña mayor no hubiera tenido que concurrir al Hospital del pueblo para ser tratada por su embarazo. Según dijeron los médicos que la asistieron, no fue fácil convencerla para que revelara la identidad del padre de su hijo por nacer. Es que en general, la gente que

sufre el dolor provocado por alguien tan cercano, prefiere amortizar los golpes en silencio antes que delatar a su autor. Si a ello le agregamos la inmensa vergüenza que habrá sentido la niña ante esta circunstancia, fácil es imaginar que le sobran razones para mantener su hermetismo.

Pese a todo relató lo ocurrido y se detuvo al presunto responsable. Nunca supe el resultado del proceso pero en aquel momento hicimos lo que consideramos justo.

Habíamos comprado en el pueblo algunos comestibles que dejamos a los chicos, un tanto por dejarles algo que, aunque poco, fuera un alivio para tantas carencias, y otro tanto porque lo vivido nos dejó sin palabras... y sin hambre.

Pasaron 30 años y no olvido que esa mañana de invierno me encontré cara a cara con la miseria en una dimensión difícil de describir.

Y otra miseria asomó cuando nos disponíamos a regresar: la madre preocupada nos preguntó cuánto tiempo iba a estar privado de su libertad su compañero, porque sus hijos pasaban hambre. Sin dar respuesta partimos en silencio y raudamente nos internamos en el monte.

Miré hacia atrás al alejarme, y la mirada profundamente triste de esos niños me seguía como una sombra. ■